

La percepción nietzscheana de la crisis de occidente

William Daros
Universidad Adventista del Plata
Argentina

Introducción

1.- No cabe duda que Federico Nietzsche (1844-1900) sigue siendo uno de los filósofos más citados por los llamados filósofos posmodernos.

Parecería que no se puede entender la Modernidad sin la crítica que le ha realizado Federico Nietzsche, y que ha dado lugar a que algunos filósofos de la segunda mitad del siglo XX iniciaran una forma de crítica irónica, con giro lingüístico, a lo que ha sido la Modernidad. Para algunos posmodernos, la Modernidad es aún hoy una tarea incumplida; pero para otros -más cercanos al pensamiento de Nietzsche- la Modernidad culmina una época decadente y ya no queda sino subvertir todos los valores de su cultura.

2.- Las raíces vitalistas e irracionistas de Nietzsche se hunden en el suelo fértil de Oriente, a través de la influencia que él recibiera del pensamiento de Schopenhauer. Los grandes temas de Schopenhauer afloran constantemente en Nietzsche: “El mundo es mi representación”, Heráclito y la “fugitiva inconstancia del tiempo”, el cuerpo en cuanto “objeto inmediato del sujeto”, la voluntad como “impulso inconsciente, ciego e irresistible”, la vida como voluntad y la voluntad como vida en el vacío del nihilismo, esto es, la vida como lo que “sale de la nada... y vuelve a la nada de donde salió”, la importancia de los individuos frente a la especie, el eterno presente, la vida como enfermedad o dolor perpetuo, el pensamiento como dependiente de la voluntad, etc. Pero

Nietzsche se separa expresamente de su maestro en la consideración de la piedad; para Schopenhauer ella era todavía la única y superior virtud (como sostendrán también los posmodernos), pero para Nietzsche ella “es más peligrosa que cualquier vicio”, pues dificulta esencialmente “la selección de la especie” y de la fatalidad natural que dice que el débil perece (*Voluntad de poder*, I, n° 54).

En este contexto, vamos a entender, en este trabajo, por *crisis* lo que esta palabra significó en su origen griego (*krínein*: separar, distinguir, juzgar, decidir). Una crisis está constituida por una situación en la cual los criterios (normas con las que se separa o distingue) o medidas de los valores son juzgados y se toma distancia respecto de ellos.

Esto genera en las personas o culturas un desgarró, una situación de duda, respecto de los valores que justificaban modos de ver y apreciar las conductas sociales, y requiere una toma de posición nueva, reelaborada o resignificada, respecto de la situación anterior.

La tesis nietzscheana es que Occidente, a partir de la herencia de Europa, nació de una crisis, de un cambio de valores nefastos y persiste en ellos, lo que llevará inevitablemente a Occidente a una crisis nihilista, que Nietzsche percibía como emergente en su tiempo y motivadora de nuevos valores al menos para un grupo selecto de hombres superiores.

El principio de la filosofía de Nietzsche

3.- Una filosofía es un sistema de ideas desarrollado a partir de un principio último que da fundamento y sentido a todo el sistema. Una filosofía de vida consiste en una vida guiada por estos valores.

En Nietzsche, no encontramos un sistema filosófico lógico y pulidamente desarrollado; pero sí es manifiesto el principio de su filosofía, sin el cual sus afirmaciones serían totalmente absurdas o ininteligibles.

Cada nueva filosofía ha elaborado un nuevo valor que es el principio de esa filosofía, de modo que se puede decir que existen tantas filosofías como nuevos principios se labraron para dar sentido a eso que cada sistema llama “realidad” o “ser” o “fundamento o valor último” de la vida individual y social.

Con la crítica a esos valores, ellos caen en el desprestigio intelectual y cultural. Occidente ha ensayado ya muchos tipos de valores y todos van mostrándose incapaces de tener vigencia. Esta caducidad hace aparecer el nihilismo. Los anteriores valores llegan con el nihilismo a sus últimas consecuencias. “Debemos pasar primero por el nihilismo para descubrir el valor real de esos ‘valores’” (*Voluntad de poder*, libro III, n° 9).

a) Ahora bien, un principio básico que asienta Nietzsche es que *el hombre es poder creador de sentido y valor*, (aunque sólo los hombres superiores lo hacen) dado que *no hay propiamente conocimiento objetivo sino creencias, interpretaciones* (*Voluntad de poder*, III, n° 407).

b) El Socratismo -de donde se ha originado la filosofía tradicional de Occidente- odia la vida (que es lucha en el mundo presente, cambiante, ciega y absurda) y, para defenderse de la vida, ha *idolatrado el pensamiento racionalizando la vida, combatiendo los instintos vitales*. El socratismo que perdura hasta nuestros días, desde luego no es capaz de producir mártires, sino enfermos como Sócrates, ni tiene el lenguaje del «más sabio de los helenos»: “ciertamente no se jacta de saber nada, pero en verdad no sabe nada. La prensa de hoy es ese socratismo” (*El origen de tragedia*).

c) La voluntad de poder crear, propio de la Naturaleza y del hombre, es *el valor supremo*, de modo que la Humanidad debe ser gobernada de manera que logre supe-

rarse, mediante doctrinas que harán perecer a los hombres débiles y salvo los creadores o superhombres (*Voluntad de poder*, III, n° 227). La mayoría de hombres son débiles y han subvertido los valores; han creado una moral propia de esclavos con virtudes débiles, falsificando las palabras.

Se ha falsificado -por ejemplo- el *amor* considerándolo como abandono (como altruismo), cuando en realidad es una toma de posesión, y únicamente en la superabundancia de la personalidad abandona algo de sí mismo (*La voluntad de poder*, I, n° 294).

d) En consecuencia, no hay que esperar la salvación fuera de este mundo y del poder creador de valores del hombre mismo. Hay que negar, pues, la metafísica y afirmar la vida que es historicidad y devenir.

Occidente se fundó sobre la ilusión con faz de verdad

4.- No podemos esperar en la filosofía de Nietzsche una exposición lógica de sus ideas o una filosofía coherentemente elaborada, pues él estaba en contra de una concepción de este tipo y de una vida regida por la lógica. El pensamiento es una ficción, una abstracción y una evasión respecto de la vida que es voluntad de querer, de poder desear y hacer, de poder reír sobre todas las cosas y gozar de la vida con la inocencia de un niño en la orilla del mar.

Nietzsche no nos expondrá, entonces, un sistema de ideas lógicamente elaborado; sino que profetizará lo que él percibía sobre la vida misma y la Europa de su tiempo. Como un profeta no dará razones para que crean en su pensamiento; no esperará que le crean, sino más bien estimará que será incomprendido por su tiempo; porque las personas de su Occidente viven en un mundo en el que la mentira les es necesaria. Les

ha resultado necesario creer que la verdadera realidad es permanente, única, eterna, fuera de la vida de este mundo.

5.- Occidente ha empollado su propia decadencia y su inevitable crisis por varias razones, pero principalmente porque con los filósofos griegos, después del sublime momento de la tragedia griega, éstos abandonaron el sin sentido de toda vida, -el sin sentido que es la vida misma- y crearon la degeneración de la vida que es el mundo conceptual.

Con el mundo conceptual, los hombres no comprendieron que sus vidas estaban en sus voluntades, y comenzaron a temer a la muerte, e inventaron evasiones como el más allá de la muerte y la necesidad del mérito para obtener la inmortalidad.

El que no sabe poner su voluntad en las cosas, pone en ellas por lo menos un *sentido*; es decir cree que en ellas hay una voluntad (principio de `fe ´) (*El ocaso de los ídolos* n° 18).

6.- Sócrates ha sido el iniciador de una forma de pensar según la cual “la vida no vale”. “Sócrates y Platón son síntomas de decadencia”. Ellos utilizaron la dialéctica, los discursos razonados, contra los instintos de vida de los antiguos helenos. Por ello, estos estimaban que Sócrates corrompía a la juventud.

La dialéctica ha sido, según Nietzsche, un recurso extremo, propio de los que no tienen otra arma. Entre los griegos anteriores a Sócrates, la autoridad formaba parte de las buenas costumbres y Sócrates fue solo un payaso que se hizo tomar en serio.

En realidad, el hombre no desea la verdad más que en un sentido análogamente limitado: ansía las consecuencias agradables de la verdad, aquellas que mantienen la vida; es indiferente al conocimiento puro y sin consecuencias prácticas; los hombres son, incluso, hostiles a las verdades susceptibles de efectos perjudiciales o destructivos.

El *lenguaje*, por otra parte, no es un producto del conocimiento verdadero, sino una convención. No concuerdan las designaciones y las cosas, ni es una expresión adecuada de todas las realidades.

Solamente mediante el olvido puede el hombre alguna vez llegar a imaginarse que está en posesión de una “verdad”. Si no se contenta con la verdad en forma de tautología, es decir, con formas vacías, entonces trocará continuamente ilusiones por verdades. ¿Qué es una palabra? La reproducción en sonidos de un impulso nervioso. Pero inferir además “a partir del impulso nervioso la existencia de una causa fuera de nosotros, es ya el resultado de un uso falso e injustificado del principio de razón” que estos hombres débiles pretenden sostener.

La vida -y la realidad- es individual, nunca igual; pero *el concepto iguala quitando lo diverso y lo rico de la realidad y gestando una ficción*. La verdad resulta ser una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, una suma de relaciones humanas que han sido realzadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente. Luego por el prolongado uso, un pueblo las considera firmes, canónicas y vinculantes: las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible.

Los hombres han olvidado este proceso y ahora mienten sin saberlo. No recuerdan que todo lo que hoy es considerado humano o por encima del animal, depende de esa capacidad de volatilizar las metáforas intuitivas en un esquema conceptualizado; en el poder de pasar de una figura a un concepto.

El hombre ha logrado separarse de las primitivas impresiones intuitivas y construir sistemas de conceptos de castas y grados; “instituir un mundo nuevo de leyes, privilegios, subordinaciones y delimitaciones, que ahora se contraponen al otro mundo de las primitivas impresiones intuitivas como lo más firme, lo más general, lo mejor

conocido y lo más humano y, por tanto, como una instancia reguladora e imperativa. Mientras que toda metáfora intuitiva es individual y no tiene otra idéntica.

7.- Con Sócrates aparece la idea de que hay verdad, de que hay que probar la verdad, que se requiere demostrar y para ello ser dialéctico. Mas, en realidad, el dialéctico ejerce la tiranía de la lógica, y se presenta como el poseedor o defensor de la verdad. “Abandona a su adversario el cuidado de probar que no es un idiota”: lo pone furioso, lo irrita; deponencializa su intelecto.

Sócrates ve en los instintos a un tirano y él le pone otro tirano superior: la razón que los domine. Sócrates pudo escapar de la prisión y de la muerte; pero fue un enfermo que quería morir, defendiendo la racionalidad, la prudencia ante los instintos.

Quando es necesario hacer de la razón un tirano, como Sócrates hizo, hay gran peligro de que cualquier otra cosa haga también de tirano. Entonces se vio en la racionalidad una tabla de salvación; ni Sócrates ni sus *enfermos* tuvieron más remedio que ser racionales; fue de rigor, era el recurso supremo. El fanatismo con que todo el pensamiento griego se arroja sobre la racionalidad revela un estado de sufrimiento; se estaba en peligro, no había elección; o perecer o ser razonables de modo absurdo... El moralismo de los filósofos griegos, desde Platón, reviste caracteres patológicos... Hay que ser a toda costa claro, sereno; toda concesión a los instintos, a lo inconsciente, conduce al abismo... (*El ocaso de los ídolos*, p. 20).

8.- Para Nietzsche, buscar la perfección en oposición a los instintos fue una decadencia y una enfermedad, en modo alguno sirvió para la felicidad, para la salud.

La *verdad* es el error sin el cual ningún viviente puede vivir (*Voluntad de poder*, II, n° 488); pero la idea de “mundo verdadero es ya una idea que no es útil para nada” (*El ocaso de los ídolos*); la realidad de la vida son los instintos del hombre; pero asumiendo el pensamiento platónico, Occidente entró en el camino de la decadencia:

comenzó a creer en la mentira como si fuese la verdad. Tomó como verdad, como bueno y perfección, estar contra los instintos. Por el contrario, para Nietzsche:

¿Qué es bueno? Todo lo que exalta en el hombre el sentimiento de potencia, la voluntad de la potencia, la potencia misma.
¿Qué es malo? Todo lo que tiene sus raíces en la debilidad.
¿Qué es dicha? El sentimiento que experimentamos cuando la potencia crece, cuando una resistencia es vencida (El Anticristo, p. 8).

9.- La Modernidad ha inventado la idea de progreso, pero “es una idea falsa”. Lo que ha progresado en la mediocridad, es el hombre débil, fracasado “formando un ideal que se opone a los instintos de conservación de la vida fuerte”.

Parménides, Sócrates, Platón han enseñado la gran mentira: que es verdad lo permanente, que para comprender el mundo hay que apartar la visión del devenir. Estos griegos se evadieron del mundo de la vida y generaron la filosofía, la ciencia y del derecho, al margen de la vida que es constante devenir ciego, absurdo, irracional, sin otra ley que la voluntad de poder crear.

Para lograr imponer el valor de *verdad* han debido calumniar a los sentidos y a lo sensible: no había que hacer caso a los datos de los sentidos, sino examinarlo todo con la sola fuerza del pensamiento.

Inmanentización y desacralización del mundo y la cultura occidental

10.- La gran mentira, la gran ficción que Occidente heredó de estos griegos ha sido el “ser” y la identificación del ser con el bien, que ha regido a toda la filosofía occidental. La contradicción, la apariencia, el cambio, se convierten en malos e inmorales. Se ha inventado un mundo trascendente para dejar lugar a la libertad (Kant).

Pero comienza a percibirse que el hombre creador ha comenzado a ver que él es el creador de sí mismo, como individuo; ya no teme a la muerte ni depende ni espera la salvación que procede de los demás. En este contexto, Dios ha muerto.

La consecuencia "inmediata" de la muerte de Dios, que determina incluso el "debes" y todos los valores, sólo puede ser la emancipación del superhombre, que quiere regirse por sí mismo y que es libre ante la muerte.

11.- Los hombres cansados, los que sufren, los que tienen miedo, estiman que la felicidad suprema se halla en el reposo, en un sueño profundo, en lo seguro; y el miedo a lo incierto ha elaborado la reducción de lo múltiple a lo uno, a lo seguro, al "ser" uno, idéntico, previsible y eterno.

Ahora el *ser* que antes era la vida, se ha convertido en una mentira de la que los hombres se olvidaron que es mentira y lo consideran la verdad. El ser ayudó a pensar en un mundo que no se contradice, que no cambia en su fundamento. El miedo de los débiles ha producido esto y lo ha sacralizado en Dios.

12.- Mas ahora, algunos hombres superiores comienzan a advertir esta ficción creada por el miedo y entonces "Dios ha muerto (*Gott ist tot*)". Dios ha muerto y los hombres lo han matado borrando las distinciones (*La gaya ciencia*).

Desaparece la distinción entre el mundo verdadero y el mundo aparente, entre este y otro mundo, entre los valores de la vida y los valores-ficciones creados por el miedo y el intelecto.

El otro mundo es sinónimo de no-ser, de la no vida, de la voluntad de no vivir.

Visión de conjunto: *el cansancio de vivir* y no el instinto vital es lo que ha creado el "otro mundo".

En consecuencia: la filosofía, la religión y la moral son *síntomas de decadencia*" (*Voluntad de poder*, I, n° 213).

13.- La máscara montada sobre la mentira comienza a caerse. No quedará nada de los valores vigentes en Occidente, salvo sus sombras que perdurarán un tiempo. En el prefacio de la obra *La voluntad de poder*, Nietzsche nos dice proféticamente: “Lo que cuento es la historia de los dos próximos siglos. Describe lo que sucederá, lo que no podrá suceder de otra manera: *la llegada del nihilismo*”. Nada quedará finalmente de esos viejos valores contrarios a la vida.

La moralidad de Occidente perderá su máscara. Ya se advierte -y es casi por todos conocidos- que “el triunfo de un ideal moral” suele alcanzarse, como todo triunfo, por medios fatalmente inmorales, como la violencia, la mentira, la calumnia y la injusticia (*Voluntad de poder*, II, 304).

Nietzsche advierte que se da una dinámica interna en la forma en que se desarrolla la crisis de Occidente: las personas comienzan a advertir que sus errores han dejado de ser beneficiosos, “que hacen más daño que otra cosa”. Comienzan a advertir que “se ha llamado Dios a todo lo que debilita”; esto es “la autoafirmación de la decadencia” (*Voluntad de poder*, I, n° 54).

La superación de la crisis de Occidente mediante el hombre superior

14.- Occidente requiere hombres creativos, creadores de sí mismos.

La mayoría no ama a los hombres superiores; desea la democracia y que todos sean iguales. Por ello, los hombres superiores serán unos pocos, solitarios, no apreciados, profetas rechazados.

Hombres superiores, aprended esto de mí: en la plaza pública nadie cree en el hombre superior. Y si os empeñáis en hablar allí, ¡sea! Pero el populacho guiña el ojo: `todos somos iguales´.

Hombres superiores -así guiña el ojo el populacho-: no hay hombres superiores; todos somos iguales; un hombre no es más que otro ante Dios: ¡Todos somos iguales!
¡Ante Dios! Pero ahora ese Dios ha muerto; y ante el populacho nosotros no queremos ser iguales (*Así hablaba Zaratustra*, p. 201).

15.- Mas el hombre superior no es más porque tenga una verdad o una bondad superior que alcanzar. El hombre superior sabe que la realidad es devenir, y éste no es ni bueno ni malo, él es naturalmente inocente; es libre; no tiene nada hacia lo cual tender; es en sí mismo y por sí mismo, no frente a otro que no sea él.

Los hombres superiores viven con plenitud lo que desean: obran de tal modo que desean vivir de nuevo lo que viven porque así lo quieren. Aman la vida como es: ¡ciega y brutal! “Todos los antiguos ideales son opuestos a la vida (nacidos de la decadencia y determinantes de la decadencia, aunque estén adornados con el magnífico traje dominguero de la moral” (*Voluntad de poder*, I, n° 56).

16.- El tiempo parece correr, pero en realidad solo deviene y ese devenir es lo único permanente.

En este contexto, la cultura de Occidente va hacia la indiferencia de los hombres mediocres, o hacia la creatividad de un hombre nuevo. El superhombre es aquel que se conduce a sí mismo, más allá de la situación de necesidad dentro de la necesidad, porque la quiere. Este hombre hace suyo el *fatum* (o destino) con su libertad: la libertad trabaja sobre la necesidad, pero ambas se requieren.

En la voluntad libre se cifra para el individuo el principio de la singularización, de la separación respecto del todo, de lo ilimitado; el *fatum*, sin embargo, pone otra vez al hombre en estrecha relación orgánica con la evolución general y le obliga, en cuanto que ésta busca dominarle, a poner en marcha fuerzas

reactivas; una voluntad absoluta y libre, carente de *fatum*, haría del hombre un dios; el principio fatalista, en cambio, un autó-mata” (*De mi vida*, p. 33).

17.- Los hombres superiores son creadores de sí mismos, para sí mismos, como por juego, en el constante devenir de un mundo sin sentido. Como un niño, utilizando agua y tierra, construye castillos de arena a la orilla del mar, edifica y derriba; de tiempo en tiempo vuelve a iniciar el juego. Hay un momento de saturación; luego lo llama nuevamente la necesidad, como al artista lo obliga la necesidad a la creación. No un instinto de delincuencia, sino el perpetuo y renaciente instinto del juego es lo que llama nuevos mundos a la vida. Llega un momento en que el niño tira el juguete; pero de nuevo lo recoge, y prosigue sus juegos con inocente inconstancia, sin necesidad de lógica o de explicación (*La filosofía en la época trágica de los griegos*).

El hombre superior es un hombre solitario, lo que implica una gran fuerza de voluntad, de vitalismo que la Europa decadente no llega a comprender que quiere igualarlo todo.

Los filosofastros cretinos y los ilusos de la fraternidad, que se llaman a sí mismos, socialistas y quieren la `sociedad libre´... Europa parece amenazada por un nuevo budismo; coinciden en la creencia de la moral de la compasión *comunitaria*, como si ésta fuera la moral en sí, la cima, la alcanzada cima del hombre, la única esperanza del futuro... (*Más allá del bien y del mal*, n° 202).

Concluyendo

18.- Hemos visto en el inicio las afirmaciones implícitas en el pensamiento de Nietzsche que luego reafirmamos con citas de sus textos.

De esos principios advertimos ahora que se derivan algunas consecuencias coherentes con esos principios o intuiciones nietschianas:

- 1) El hombre debe buscar vivir libre de todo vínculo, de acuerdo consigo mismo, libre de valores etéreos como la presunta “verdad”, el “sujeto”, el “bien”.
- 2) La dependencia disminuye al hombre y lo integra en la majada, lo hace majadero y no hombre superior.
- 3) Liberado de las ataduras y de Dios -que ha muerto como valor vigente público en las sociedades occidentales- el hombre puede buscar su autoafirmación en el vacío infinito y en la ausencia de valores absolutos (nihilismo).
- 4) La realidad es devenir y es inocente, sin valores adscritos a ella por naturaleza, lo que implica la superación de la moral hechas por los esclavos, ligada por los griegos y estoicos a la naturaleza de las cosas.
- 5) La realidad -incluida la realidad humana- es voluntad de poder y posee un dinamismo ciego, una voluntad de poder que no asegura un progreso, pues no se puede tener ningún criterio absoluto de progreso.
- 6) El hombre superior goza de la plenitud de su vida biológica, corporal, inocente, como los cachorros, como un niño que ríe, sin razones, en el presente que se identifica con la eternidad como un eterno retorno de sí mismo pleno.

En resumen: “El hombre no constituye un progreso con respecto al animal” (*Voluntad de poder*, I, nº 90). Aceptar la visión de Nietzsche implica aceptar como válida esta afirmación.

19.- En realidad, Nietzsche no ha probado nada: ha descrito sus intuiciones, ha profetizado consecuencias sin mucha lógica, pues la lógica no es un valor apreciado por Nietzsche.

En un mundo sin lógica, resulta imposible hablar de progreso, pero Nietzsche se cree autorizado a poder hablar de lo opuesto al progreso: la decadencia.

La decadencia tiene algún sentido si se admite un valor primero que luego decae; y Nietzsche estima que este valor es el de la vida placentera, ciega, inocente, sin razones. Admitido esto, tiene sentido admitir también una decadencia si se estima que el hombre, a través de su historia, se ha creado ataduras e imposiciones que le impiden la libre expansión del valor-principio-vital e instintivo.

Después de Nietzsche, se hablará de una buena conciencia constituida por el sentir instintivo, y de una mala conciencia constituida por la negación de las exigencias instintivas. Occidente vive con mala conciencia.

20.- La decadencia de Occidente resulta ser, entonces, muy relativa al principio afirmado por Nietzsche, pero no probado sino simplemente asumido; como se asumen generalmente los principios filosóficos: por ser evidentes para el filósofo, y para todo el que mire como él ha logrado hacerlo.

Sus críticos, sin embargo, -incluso cristianos- consideran que la liberación de la interferencia directa de Dios evoca más un destino siniestro que la victoria del hombre. No es que Dios haya muerto; ha muerto el problema de Dios. Pero, posiblemente, con el problema de Dios, ha muerto el problema del hombre.

Dios había creado al hombre para que perpetuase, alargase su existencia, para autocrearse. Lo que el creador había creado era la indeterminación humana, no la autosuficiencia, la insensibilidad, la indiferencia o destrucción despiadada. Detrás de la vida moderna se erigía la confianza en nuestras propias fuerzas, en la conducta de los demás, la confianza en que los demás se abstendrían de romper las reglas, en la capacidad civilizatoria y en su solidez, su longevidad, su fiabilidad y su capacidad redistributiva.

Por el contrario, Nietzsche estimaba que la sensibilidad de la mayoría de los hombres era enfermiza e innatural: en lugar de ser fuertes han degenerado. “No hay solidaridad en una sociedad en la que existen elementos estériles, improductivos y destructores, que, además, tendrán descendientes más degenerados que ellos mismos” (*Voluntad de poder*, I, n° 52).

21.- En realidad, la crisis de Occidente no está en la hipervaloración del mundo, o en su nihilización. El místico Juan de la Cruz (*Subida al Monte Carmelo*, L. I, c. 3) afirmaba: “Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto de nada. Para venir a saberlo todo, no quieras saber algo de nada. Para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo de nada. Para venir a serlo todo, no quieras ser algo de nada...” En última instancia, tanto en Nietzsche como en Juan de la Cruz, es el yo el que sale ganando; pero el centro de atención en Juan de la Cruz está en Dios, en algo distinto del yo; en Nietzsche el placer del hombre superior, aunque sea como un niño inocente junto al mar, es lo prioritario.

22.- La crisis de Occidente termina siendo entonces una crisis que podría definirse por sus acentuaciones: por centrarse en el *ego*; o en el *alter*, pasando el ego a un segundo plano.

El pensamiento de Nietzsche está mostrando que el ideal de la Modernidad (resumido en el lema de la revolución francesa “libertad, igualdad, fraternidad”) es burgués y antivital: debe ser subvertido en sus valores. “La vida es una fuente de alegría”, pero no hay que ser canalla y beber aguas envenenadas (*Así hablaba Zaratustra*, p. 67). Nietzsche no veía nada “digno de admirar en el triunfo del altruismo” (*Voluntad de poder*, I, n° 53).

Para otros, por el contrario, el ideal de la Modernidad ha quedado truncado, de modo que sin la fraternidad o solidaridad humana, ni la libertad ni la igualdad resultan ser suficiente; pero además la fraternidad no puede ser considerada como una debilidad para prolongar la debilidad biológica y social.

He aquí la verdadera crisis de Occidente, y hay algo positivo en la profecía de Nietzsche: *el hombre puede ser más de lo que ha sido hasta ahora*. Mas para esto no es necesario interpretar la muerte de Dios como una condición para promover la superación del hombre. La lectura del Cristianismo realizada por Nietzsche es una lectura sobre un Cristianismo que no ha sido jamás ni actuado ni vivido plenamente. Es una crítica a las deficiencias históricas de las realizaciones que llevaron a cabo algunos cristianos: no es una crítica inherente al mensaje cristiano en sí mismo. Pero la crítica de Nietzsche es también una crítica romántica y trágica: incapaz de reconocer la finitud del hombre y su debilidad. La debilidad del hombre se convierte en una tragedia para Nietzsche. Él desea que el hombre se supere, pero volviendo hacia atrás, hacia sus instintos sin regulación. El hombre nuevo de Nietzsche no es el hombre nuevo cristiano (que, según Jesús, debería tender a ser perfecto como Dios mismo): para Nietzsche, este hombre nuevo es el descubrimiento del infinito poder del propio querer. El hombre nietzscheano fantasea su propia superioridad.

Si para Nietzsche ese ser más del hombre superior significaba un volver a las raíces instintivas y ciegas, animalescas, dionisiacas: esto es lo inaceptable de su pensamiento. Pero si para él, *en una visión estetizante de la vida*, querer es liberar (*Wollen befreit*), entonces el creador artístico hace su propia ley y en ello encuentra la felicidad, transformando su voluntad en necesidad y destino, dominando con su voluntad y haciéndose más fuerte. El creador crea de la nada (de nada igual antes que él) y sólo se justifica por las consecuencias: por lo creado o realizado.

Este es otro rasgo de la crisis de Occidente: haber envejecido como la vieja Europa; no el haber sido creador; sino el haberlo sido demasiado poco, demasiado imitador, con demasiado miedo a la razón vigente. Faltan creadores y contempladores profetas que descubran las trampas de las acciones; que del no-ser (valioso) produzcan el ser valioso y vital, dando un sentido positivo al nihilismo creativo.

Nietzsche era indudablemente un filósofo que sospechaba de la estructura cultural de Occidente.

23.- Mas la percepción de Nietzsche resulta ser totalmente inaceptable en sus principios en cuanto supone la prioridad del instinto como distintivo del hombre. Por ello, Nietzsche no podía explicarse “¿cómo llegó el instinto del animal hombre a estar cabeza abajo?” (*Voluntad de poder*, I, n° 54).

Es lógico pensar que Occidente ha sido una constante decadencia si: a) ella significaba, como para Nietzsche, el abandono de los instintos y la puesta en vigencia de la piedad y de la razón que se propone metas; si b) lo que la ética moderna, -aquel código de comportamientos que cualquier persona en pleno uso de sus facultades tendría que seguir-, propone consiste en la práctica de la obediencia al código, y sus beneficios se hallarán en la disminución de la violencia, monopolio legítimo de la violencia en la vida práctica por parte del Estado; en habituarse a gran cantidad de violencia legítima que se convierte en rutina hasta hacerse “invisible” y en ponerse en conformidad o acuerdo con las reglas y en vivir responsablemente poniéndose en el lugar del otro (Bauman, Z. *En busca de la política*, p. 129).

El problema de la percepción nietzscheana de la crisis de Occidente se halla, en su raíz, en una defectuosa percepción de lo que es el hombre. Platón había concebido al hombre con tres aspectos o partes del alma (principio de vida): el más bajo o concupiscible-instintivo, en el centro el irascible o deseante y valiente, y finalmente lo supe-

rior, la razón o actuar lógico. Cuando éste regía a los otros dos aspectos de la vida, ésta era humana y justa. Nietzsche significa la subversión de estos valores, poniendo como valor superior lo que era inferior para Platón.

24.- Según Freud sugería, en *“El malestar en la cultura”*, el mayor don de la cultura es la seguridad que ofrece con respecto a los muchos peligros que proceden de la naturaleza, del propio cuerpo y de las demás personas, haciendo que los miedos resulten menos intensos y terribles. La Modernidad estaría, entonces, basada en el miedo y en la búsqueda de seguridad, certeza y protección ante el otro (Cfr. Bauman, Z. *En busca de la política*, p. 24-26): de aquí la idea de derecho; falta la responsabilidad o deber ante el otro.

La solución a la crisis de Occidente no debería buscarse, pues, en la supresión de miedos razonables, sino en pasar del miedo al otro, a la inclusión del otro en nuestra sociedad.

Un mal hospital no se mejora cerrándolo definitivamente, sino mejorándolo en todo lo posible. También una sociedad implica no la supresión de la misma sino mejoramiento en función de la vida.

La crisis es, por lo tanto, el hogar natural de la moralidad ya que solo allí puede madurar la libertad, la autonomía, la responsabilidad, la capacidad de juicio, todos ellos elementos indispensables del yo moral. La multiplicidad de valores no puede garantizar que los individuos morales crezcan y maduren, pero sin ella los individuos tienen pocas posibilidades de hacerlo. Sometido a un examen minucioso, lo que suele llamarse crisis de valores es en realidad, el estado normal de la condición moral humana.

25.- Como sostiene Bauman, nos encontramos con la dificultad de precisar si éste es un nuevo estado de las cosas promovidos por los cambios que se suceden o tan solo

implica un tardío descubrimiento y una admisión de la naturaleza de las cosas. La mentalidad del ser fijo nos ha acostumbrado a la idea de cultura como un sistema de normas complementarias y mutuamente coherentes coronadas por el "síndrome del valor dominante" que impregna a todas las normas específicas, ligadas a la categoría y la situación, desde la cima y hasta la base del sistema social.

La sociedad civil "asegura" la libertad individual a tal punto que la vida cotidiana puede darse por sentada y pasar inadvertida, sin que a nadie se le ocurra plantearla como tema. Pareciera que se festejara alegremente este aislamiento mutuo de la política y la vida cotidiana, que está garantizada la libertad individual, el Estado ha cancelado su deuda con los súbditos y quedan agotados los contenidos de bien común y que no es responsable por el daño que puedan sufrir a causa del ejercicio egoísta que cada uno de ellos haga de su libertad.

26.- La Modernidad trajo a luz dos valores igualmente importantes para esa época: la búsqueda de un bien común para todos los socios, reducido a un código de leyes constitucionales, y la defensa de la individualidad real de cada socio y sus derechos.

En el mundo posmoderno suceden cosas sin que haya una causa que las haga necesarias y se hacen cosas que difícilmente pasarían la prueba del propósito responsable. Para la mente moderna estos sentimientos representan un peligro mortal para la convivencia humana. Se horroriza por la perspectiva de la desregulación de la conducta y la idea de vivir sin un código estricto y abarcador. La aceptación de la contingencia y el respeto a la ambigüedad no se presenta como una tarea fácil y tiene costos psicológicos que no pueden minimizarse. Cualquier polis aísla, separa y particulariza a sus integrantes de otras comunidades, de la misma manera que los une y hace similares al interior de sus fronteras, mediante sus leyes. Por consiguiente, fomentar normas universales se considera una sospechosa supresión de la naturaleza

humana y tiende a censurarse como intolerancia, al resultar que esta característica de la polis, un elemento que se vuelve contra sí (Bauman, Z. *Ética posmoderna*. pp. 42 y 51).

27.- La persona moral no puede derrotar la presencia frecuente de la ambivalencia: solo aprender a vivir con ella y optando ante ella. El arte de la moralidad solo puede ser el arte de vivir con la ambivalencia, pero tomando en sus propias manos la responsabilidad de la vida, su calidad de humana y sus consecuencias.

No es fácil ser una persona moral y no sorprende que el sujeto reciba constantes ofrecimientos para liberarse de la responsabilidad moral y que éstos resulten seductores. Los ofrecimientos más populares resultan provenir del Estado y del mercado. El Estado promueve la visión de que la visión del consumidor es la única elección que cuenta ya que es la única que puede acumularse para lograr la felicidad humana.

Mas, no hay búsqueda de salud hasta tanto no se advierta la presencia de la enfermedad, la crisis de Occidente. Ésta nos devuelve el milenario problema de pensar qué ha sido el hombre y qué puede ser.

28.- Mas el pensamiento nietzscheano encierra en sí mismo una profunda contradicción cuando los pensamientos y razones intentan profetizar lo negativo e inferior que es la razón misma.

Sólo admitiendo el valor de la razón se puede criticar la razón; pero el intento de suplantarla con los instintos, se convierte en una contradicción en su misma propuesta. Como el nihilismo, el relativismo, el vitalismo ciego, llevados al extremo, se convierten en paradójicos, afirmadores de lo que intentan negar (el ser, valores no relativos y la racionalidad en la vida humana). Son solo sombras y apariencias que pueden sostenerse por la presencia de la luz, contra la cual absurdamente se ubican.

© William Darós

Bibliografía

- AA. VV. (2013) *Nietzsche aujourd'hui*. Paris : Centre Culturel International de Cerisy-La-Salle U.G.D.E.
- Berger, P. –Luckmann, TH. *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. Barcelona: Paidós. 1997.
- Bauman, Zygmunt. *En busca de la política*. Buenos Aires: FCE. 2003.
- . *Ética posmoderna*. Buenos Aires: S. XXI, 2004.
- Ciacaglia, M. – Méndez. *Cultura y crisis. La utopía como alternativa*. Paraná: UNER. 2010.
- Deleuze, G. *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Labor, 2014.
- Estrada, J. “Nietzsche y la teología”. *Revista de Filosofía* (México) 103 (2002): 57-97.
- Foucault, M. *Nietzsche, Freud, Marx*. Barcelona: Anagrama, 1981.
- Galimberti, K. *Nietzsche. Una guía*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2014.
- Gillespie, Michael Allen. *Nihilism Before Nietzsche*. Chicago: University of Chicago, 2014.
- González, J. *El héroe en el alma. Tres ensayos sobre Nietzsche*. México, D. F.: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2015. Heidegger, M. *La frase de Nietzsche “Dios ha muerto”*, en *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza, 1995.
- Heidegger, M. *Nietzsche*. Barcelona: Destino, 2000.
- Jurado Baena, M. *Leyendo a Nietzsche... cien años después*. San Vicente: Club Universitario, 2009.
- Klossowski, P. *Nietzsche y el círculo vicioso*. Buenos Aires; Altamira, 2005.
- Laiseca, L. *El nihilismo europeo. El nihilismo de la moral y la tragedia anticristiana en Nietzsche*. Buenos Aires: Biblós, 2011.

López de la Osa, J. “Crisis de valores y cultura del conocimiento”. *Estudios Filológicos* 136 (1998): 431-473.

Martin, G. T. *From Nietzsche to Wittgenstein. The problem of Truth and Nihilism in the Modern World*. New York: Peter Lang Publishing, 2009.

Martínez Gamarra, M. *La idea de la libertad en Nietzsche: Una interpretación de la filosofía nietzscheana*. Zaragoza: Egido, 1999.

Martínez, J. J. *La fábula de la caverna. Platón y Nietzsche*. Barcelona: Península, 2001.

Milán, T. – De Gregorio, M. (2000) “Crisis contemporánea. Las transformaciones de la subjetividad y su impacto en las patologías actuales”. *Revista Internacional de Psicología y Educación* 2 (2000): 53-59.

Müller-Lauteur, W. *Wille zur Macht und Nichilismus. Nietzsche und Heidegger*. Berlin: Gruyter, 2007.

Nietzsche, F. *Obras completas*. Madrid: Aguilar. Trad. De Ovejero y Maury, 1932.

---. *Opere di Federico Nietzsche*. Milán: Adelphi, 1964.

---. *Sämtliche Werke. Kritische Studienausgabe in 15 Bänden*, Hrg. Von Giorgio Colli und Mazzino Montinari, Munchen, Berlin, New York: Deutscher Taschenbuch Verlag und Walter de Gruyter, 1980.

Ottonello, P. P. *L'oscuramento dell'interiorità*. Venecia: Marsilio, 2005.

Pinker, L. (Comp.) *La religión en la época de la muerte de Dios*. Buenos Aires: Narcea, 2005.

Pla, Alberto. *América Latina. Mundialización y crisis*. Rosario: Homo Sapiens, 2011.

Romero Cuevas, J. M. *El caos y las formas. Experiencia, conocimiento y verdad en F. Nietzsche*. Granada: Comares, 2001.

Savater, F. *Nietzsche y su obra*. Barcelona: Dopesa, 1979.

Vattimo, G. *Diálogo con Nietzsche. Ensayos 1961-2000*. Buenos Aires: Paidós, 2002.